

jar sino por orden del rey. Instruido ya de las alarmas que causan en Paris, y no pudiendo quitarlos de sus cureñas, los he hecho retirar y quitar de sus troceras.

La Rozière solicitó del gobernador el permiso de entrar al patio interior: de Launey se lo otorgó, aunque con disgusto, y á ruegos del mayor M. Delosme. Entrado allí, Thuriot intimó á los oficiales y soldados que encontrarán en nombre del honor, de la nacion y de la patria, la direccion de las piezas y que se rindieran. A instancias del mismo gobernador, los oficiales y soldados juraron que no harian fuego ni se servirian de sus armas, si no se les atacaba.

La Rozière pidió luego y obtuvo del gobernador, permiso para subir á las torres, para ver por sus propios ojos y estar en el caso de dar fiel cuenta de su mision á los ciudadanos que lo habian enviado. Bajado con el gobernador, dijo en voz alta en el patio, delante de los oficiales y de la compañía, que estaba contento: que iba á dar su parte al pueblo, y que esperaba que no se negaria á proporcionar una guardia de su seno para custodiar la Bastilla en union de la tropa. Salió del castillo, y entró con de Launey en la habitacion del gobernador. El pueblo, impaciente de no ver volver á su diputado, lo llamó á voz en cuello: Thuriot se asomó al punto á una ventana y lo tranquilizó, diciéndole que dentro de un instante estaria á su lado. Salió efectivamente pocos minutos despues.

No sin trabajo penetraron La Rozière y los tres diputados que lo habian precedido, hasta la junta reunida en las casas consistoriales. Lograronlo al fin, y lo que dijeron de las disposiciones pacificas del gobernador de la fortaleza, calmó al parecer á los mas escaltados. Faltaba solamente anunciarlo al pueblo, y ya sonaban las trompetas en la escalera de las casas consistoriales, como anuncio de la proclama, cuando se escuchó de repente el ruido del cañon, y pocos instantes despues muchos heridos, cargados ó sostenidos, llegaron ensangrentados á la plaza de Grève gritando: *Venganza!*

Hé aquí lo que habia pasado. Al salir Thuriot de la fortaleza, no habia podido ser oído mas que de un corto número de ciudadanos, y habia tenido que decir aun á los pocos que lo oyeron, que el gobernador se negaba á que la fortaleza fuese custodiada simultáneamente por la tropa que tenia á sus órdenes y por la guardia ciudadana. Al extremo que habian llegado las cosas, no se necesitaba mas para llevar la ecsasperacion á su último grado, de suerte que, á pesar de la imposibilidad aparente del triunfo, aquella muchedumbre mal armada, sin gefes, que rodeaba la fortaleza, se obstinó en sitiaria. Entónces fué cuando al tiroteo dirigido por el pueblo sobre los puentes levadizos de la avanzada, contestó la guarnicion con varias descargas, á las que se unieron las esplosiones de las bocas de fuego, que hicieron enormes brechas en las filas de los ciudadanos. Miéntras esto ocurre, llega á las casas consistoriales M. Ethis de Corny, que habia presidido á la toma de los fusiles y cañones de los Inválidos, y dice que el pueblo tenia ya armas, pero que le faltaban municiones, y que dependia esclusivamente de Flesselles, prevoste de mercaderes, el proveerlo de ellas.

—Callad!—esclama el prevoste.

—Si callad,—esclama entónces M. de Francontay,—yo hablaré en su lugar! Se está asesinando al pueblo, y vos le negais los medios de defensa que están á vuestra disposición. Hay acaso traidores aquí?

Por toda respuesta dijo Flesselles que todo era tal vez obra de una equivocacion, y que debia esperarse la vuelta de la nueva diputacion enviada á M. de Launey.

Efectivamente, cuatro nuevos diputados, Delavigne, Chignard, el abate Fauchet y Ledest de Boutidou, se habian encaminado á la Bastilla con un acuerdo de la junta permanente, en el que se prescribia al gobernador de la fortaleza que recibiera á la milicia parisiense y le confiara la custodia de la plaza, á medias con las tropas de la guarnicion.

El tiempo corria y el furor del pueblo aumentaba. Poco habia faltado ya para que fuera asesinado el director de la pólvora y salitre, á quien se habia tomado por el marques de Launey. Tres inválidos, que habian salido en la mañana de la fortaleza para llevar víveres, acababan de ser conducidos á las casas consistoriales, acusándolos de que habian tirado sobre el pueblo. Diez mil voces solicitaban su muerte, é iban á ser hechos pedazos, cuando para salvarlos exclamó el secretario de la junta, llamado Duvyrier, que era preciso ponerlos en la cárcel, para que dieran informes acerca del estado interior de la Bastilla. Este arbitrio no salvó mas que á uno, los otros dos fueron ahorcados. Flesselles propone entónces enviar una última diputacion á de Launey, en razon de que tal vez la anterior no habria podido darse á conocer y agrega que para que no volviera á suceder lo mismo, los diputados irian precedidos del estandarte de la ciudad y de un tambor de las guardias francesas. La junta consiente en hacer esa nueva tentativa, y la diputacion se pone en marcha, compuesta de nueve ciudadanos, á saber: Corny, Francontay, Jouanon padre é hijo, Milly, Beaubourg, Piquot de Sainte-Honorine, Boucheron y Coutans.

Al salir se encontraron con los diputados que los habian precedido, los cuales anunciaron que todas sus tentativas para penetrar en la plaza habian sido infructuosas, pues á pesar de sus señas y gritos, la guarnicion no habia suspendido el fuego. Los nueve últimos diputados no son mas felices. Varios ciudadanos que se les habian unido perecen, y la bandera que llevan es despedazada por los tiros de la fortaleza. Corny acababa de dar su parte, cuando se llevó á la junta un oficio del baron de Benzeval al marques de Launey, que se habia interceptado, y que contenia orden para el gobernador de sostenerse hasta lo último. La ecsasperacion llega á su colmo, y los gritos de *á la Bastilla! á la Bastilla!* salen de todas las bocas.

El combate continuaba entretanto. Revestido de su uniforme un antiguo capitán de dragones de la reina, llamado Elie, se habia puesto á la cabeza de los ciudadanos, y á medida que aumentaba el número de combatientes, los organizaba y les daba colocacion. El ataque se regularizaba: se habian nombrado ge-

fes, y se dirigía de todos los puntos fuego graneado sobre la fortaleza. ¿Pero de qué servirían las balas de fusil contra aquellas gruesas murallas, en que hasta con cañones habría sido difícil abrir brecha! Un tal Tournay, hombre intrépido que tiraba sobre las torres desde el techo de la casa de un perfumista, viendo que el tiroteo á nada conduciría, salta sobre la pared del camino de ronda de la Bastilla, de allí al patio de la casa de gobierno, y penetra en el cuerpo de guardia, que encuentra vacío. Salido del otro lado del puente, grita:

—Denme una hacha.

Un tal Bonnemère le tira la que le servía de arma. Tournay la emplea para romper las cadenas del puente levadizo que se desgaja con estruendo, y un sinnúmero de combatientes, guiados por Bonnemère, entran al patio de la casa de gobierno, y tocaban ya al segundo puente, cuando las descargas repetidas de una pieza los obligan á retroceder. Tres veces vuelven á la carga sin mejor éxito; pero no se desalientan. El número de los sitiadores va siempre creciendo: los aldeanos de las cercanías de París comienzan á llegar: mugeres y niños desafían la metralla: la vista de la sangre solo sirve para aumentar el entusiasmo; y los que caen no profieren mas que este grito: *Vengadme!* Entre los mas intrépidos sobresalen Bernard, Paillion, Maillard, Palloy, los hermanos Kabers, ebanistas, que se habían puesto á la cabeza de sus dependientes. Bernard cae atravesado de treinta balas: un jóven que iba á su lado, quiere sostenerlo y cae á su vez herido de un balazo en el pecho. Un cirujano llamado Soubervielle se dispone á curarlo.

—No!—esclama el herido,—adelante! adelante! Yo muero; pero vos la tomaréis!

A un anciano llamado Crétaine, despedaza los puños la metralla: él rehusa retirarse y continúa mandando á los que lo han elegido por gefe.

—A mi edad,—dijo,—la cabeza vale mas que los brazos: marchemos, hijos!

La iglesia de los Mínimos es trasformada en hospital, al que llegan en todas direcciones mugeres con colchones, con sábanas, con víveres de toda especie. El cirujano Souverbielle parece multiplicarse: se le vé en la primera fila romper el cartucho, cargar y curar á los heridos, y volver al combate, cual si fuera á la vez invulnerable é infatigable.

Entre tanto las bocas de fuego disparadas por los suizos, cuya guarnicion es reforzada por Bezenval, continúan haciendo grandes estragos en las filas del pueblo. Elie, que dirige el ataque, reconoce la imposibilidad de tomar la fortaleza sin cañones.

—Amigos,—esclama,—no gastemos inútilmente nuestra pólvora. Ya que necesitamos cañones, vamos á traerlos.

Apénas había acabado de hablar, cuando se vió llegar un grupo de nuevos combatientes, mandados por un tal Cholat, que llevaban dos piezas, una de ellas plateada, encontradas en el Guarda-Mueble. Cholat, que no tenía municiones, marcha sobre el arsenal, entra á viva fuerza en el cuerpo de guardia que prece-



de al almacen de pólvora, desarma á los soldados, y toma cuanta pólvora y balas necesita. En aquel momento amenaza un nuevo peligro á parte de la capital. Cholat acababa de salir del almacen de pólvora, cuando entró un peluquero con un tizon ardiendo en la mano, gritando que el modo de acabar con la fortaleza es hacerla saltar. Por fortuna un relojero, llamado Humbert corre á los gritos de una muger testigo del acto de demencia del peluquero, sobre quien se echa, le arranca el tizon y lo saca de allí.

Los cañones de Cholat comenzaban á disparar sobre la fortaleza; y ya una bala habia derribado la cachucha de una de las torres y matado á uno de los inválidos que se encontraban allí, cuando llegaron las guardias francesas, á cuya cabeza marchaba Hullin, director del lavadero de la reina. En sus filas iban Hoche y Lefevre: los tres debian ilustrar su nombre. Llevaban consigo dos piezas. Casi al mismo tiempo llegaban George, los hermanos Leverre, Berard, Castel, antiguos artilleros todos, que ayudados por un sinnúmero de hombres, mugeres y niños, conducian los cañones de los inválidos.

Desde entónces el ataque tomó diverso aspecto. Mientras la artillería disparaba contra las torres, algunos hombres intrépidos metieron dos carros llenos de paja en el patio de la casa de gobierno, los acercaron á las paredes y les prendieron fuego. Propágase el incendio, y comienza una espantosa escena, pues de entre las llamas que se elevan al cielo silbando, sale una jóven dominada por el terror y la desesperacion. Busca una salida para escapar de la muerte, y muchos combatientes que corren á su socorro, consiguen librarla del fuego que ha quemado ya sus vestidos. De repente esclama uno de aquellos hombres:

—Es la hija del gobernador! del infame que ha hecho asesinar á tantos de nuestros hermanos!

A estas palabras suceden gritos de rabia. En vano se esfuerza la desventurada en engañar á los que la rodean, cuyo furor no reconoce ya limites. Los gritos de *muera, muera la hija del malvado!* cubren su voz: diez sables se levantan sobre su cabeza, cuando Bonemère, soldado antiguo de quien ya hemos hablado, se abre paso por entre aquellos desalmados.

—Amigos,—les dice,—quereis manchar con una atroz vileza la victoria que vamos á obtener? No es la sangre de una muger la que debemos derramar, sino la de los traidores que protegen esas murallas.

Estas palabras son escuchadas: ya Bonnemère, que desde el principio del combate se habia distinguido entre los mas valientes, habia levantado á la jóven, é iba á llevársela, cuando barre la metralla de la fortaleza la mitad del grupo en el centro del cual se encuentra.

—No, no,—esclamó uno de los heridos, cuyo padre acaba de ser muerto tambien,—no se nos escapará: preciso es que el gobernador rinda la plaza, ó vea á su hija morir entre las llamas.

La furia de aquellos hombres llega á su último grado: cogen de nuevo á la

jóven y la echan sobre un gergon ardiendo. A los gritos de dolor y desesperacion que profiere, corre M. de Monsigny, gefe de los inválidos, á la orilla de la muralla y reconoce á su hija. Quiere gritar, pero la voz le falta, y casi al punto cae muerto de un balazo en el pecho. Su hija se habia desmayado, y por segunda vez habia prendido el fuego en sus vestidos. Bonnemère, que no la ha perdido de vista, se precipita de nuevo hácia ella, apaga las llamas que la comienzan á envolver, la alza en brazos, y arrollando cuanto se opone á su tránsito, la conduce á una casa vecina, donde queda ya en seguridad.

Desde el principio del combate habian mostrado los inválidos su repugnancia á tirar sobre el pueblo; y cada vez que se habia acercado una diputacion, los que estaban en la torre habian presentado su fusil por la culata, para anunciar sus disposiciones pacíficas; pero no sucedia lo mismo con los suizos, y particularmente con el oficial llamado de Flue, que los mandaba, el cual habia declarado que mandaria fusilar sin formación de causa á los inválidos que rehusaran batirse. Solo esta amenaza les habia impedido hasta entónces hablar de rendirse; pero despues de la muerte de su comandante, no vacilaron ya.

—Si los suizos nos atacan,—dijo uno de ellos,—nos defenderémos, y á lo ménos no serán balas francesas las que nos maten.

A ese fué á quien sus camaradas encargaron que hablase al gobernador, lo cual ejecutó resueltamente, miéntras sus compañeros, con arma al brazo, observaban los movimientos de los suizos, dispuestos á resistirles.

—No he de capitular,—respondió el marques de Launey,—y puesto que rehusais defenderos, morirémos todos juntos.

Al hablar así, coge una mecha encendida y se dirige al calabozo de la torre de la Libertad, en el que se habia guardado la mayor parte de los doscientos cincuenta barriles de pólvora, llevados en la noche del 12 al 13. El centinela lo detiene en la puerta: era un inválido llamado Ferrand, hombre firme y resuelto, que le dijo:

—No entraréis aquí con esa mecha.

—Al gobernador es á quien te atreves á hablar así!—esclamó el marques.—Atras, ó te mando fusilar en el acto.

—Hacedlo: todo se reducirá á que haya un hombre de ménos, y ese hombre habrá salvado la vida á otros diez mil.

Y coge al punto la mecha, se la quita al gobernador de las manos, la apaga, y declara que, suceda lo que sucediere, será preciso pasar sobre su cadáver para entrar á la torre.

Otra tentativa del gobernador para penetrar en la Santa Bárbara, situada en la plataforma, fué igualmente infructuosa. Un tal Bequart fué quien lo detuvo allí, y le quitó la segunda mecha que se habia proporcionado. De Launey se dirige entónces á los suizos, que se preparan á hacer fuego sobre los inválidos, los cuales los esperan á pié firme, cuando se los impide el mayor Delosme, quien

trata luego de cambiar la resolucion del gobernador; pero éste habia perdido la chaveta, y pedia por favor que se le diera un tonel de pólvora para volarse solo.

—Para qué es un tonel,—dijo un inválido,—cuando no se necesita ni una onza para matar á un hombre.

—No es un tonel de pólvora lo que necesitamos,—dijo otro,—sino una bandera blanca y un tambor, que es cuanto se requiere para capitular.

El gobernador pareció entónces resignarse, y como no tenia bandera blanca, dió su pañuelo á los inválidos Rouf y Roulard, que subieron al punto á las torres precedidos de un tambor. Allí metamorfosearon el pañuelo en bandera, atándolo á la punta de una pica, y dieron tres vueltas á la plataforma con el tambor que tocaba llamada. La operacion duró un cuarto de hora, durante el cual los sitiadores no dejaron de hacer fuego, en razon de que desconfiaban de la guarnicion, que despues de haberlos atraído ya con señales de paz, los habia ametrallado, á lo que se agregó que dos carretas de estiércol, que se habian incendiado en el patio, cerca del puente levadizo, impedian ver lo que pasaba mas léjos. Entónces varios guardias franceses, ayudados de Hullin, Elie, Reole, Maillard y otros ciudadanos, se meten por enmedio del incendio, quitan las carretas, llegan al puente interior, é intiman á los sitiados que lo bajen. En el acto se presenta el oficial suizo en una almena cercana al puente, y dice que la guarnicion está dispuesta á rendirse, con tal de que la dejen salir con los honores de la guerra.

—No,—contesta Hullin:—despues de haber hecho tan culpable uso de vuestras armas, no podemos consentir en dejáros las.

Y los gritos *no, no*, se repiten mil veces por el pueblo.

—Pues bien,—dijo el oficial,—prometed la vida á la guarnicion, y sin mas condicion nos rendirémos.

Divídense las opiniones: parte de los combatientes contesta que sí, otra que no, y otra hasta renueva el fuego sobre la fortaleza. Al cabo de pocos instantes asoma un papel por la almena en que habia hablado un oficial suizo. Varios ciudadanos llevan una larga tabla que echan sobre el foso: uno de ellos se aventura á pasar por ese puente frágil; la tabla se voltea, él cae y se mata: otro le sucede; es Maillard, que ha hecho prodigios de valor desde el principio de la accion. Pasa, coge el papel, dáselo á Elie, que lo lee en voz alta. Estaba concebido en estos términos:

“Tenemos veinte millares de pólvora, y volarémos la guarnicion y todo el barrio, si no aceptais la capitulacion.”

—La aceptamos,—gritó Elie despues de leer:—Empeño mi palabra de honor.

No era ese el parecer de la muchedumbre, ecsasperada con los estragos que la metralla habia hecho en sus filas, y se oía gritar en todos los puntos: *No, no, nada de cuartel!* El gobernador de Launey, que ha recobrado algun sosiego, creyó sin embargo que podia atenerse á la palabra de Elie, por lo cual sacó de su

bolsa la llave del puentecillo, y se la dió al cabo de inválidos Gayard, que en union del sargento Pereau, lo bajó. Hullin, Maillard, Elie, Cholat y varios otros se precipitan á él ántes de que se haya acabado de bajar. En cuanto toca al suelo, echan los cerrojos, corren á la puerta, que se abre al punto, hacen bajar el puente grande y penetran al patio interior de la fortaleza.

Entre tanto, una parte de los sitiadores que ignoraba que la Bastilla se habia rendido, continuaban haciendo fuego, y así mataron é hirieron á varios de los ciudadanos que habian sido de los primeros en entrar á la plaza. El granadero Arnet pone su gorro en la boca de su fusil, sube á las torres, y logra dar á entender que está ya tomada la Bastilla. Eran entónces las cuatro y media.

La muchedumbre se precipita incontinenti al interior, se arroja sobre los inválidos que habian puesto sus armas á lo largo de la pared de la derecha. Uno de ellos es asesinado, y es precisamente.... fatal ceguedad!..... el valiente Bequart que ha salvado la vida á los sitiadores y á todos los habitantes del barrio de San Antonio, impidiendo al gobernador prender fuego á la pólvora. Casi simultáneamente se mata á uno de los suizos, el cual á lo ménos ha merecido su suerte, por ser el único que cuando los inválidos presentaban los fusiles por la culata en señal de paz, cargaba y disparaba sin descanso una de las piezas que vomitaban la muerte en las filas del pueblo. Por fortuna llegan las guardias francesas, las que esclaman que los inválidos son hermanos suyos, viejos y valientes soldados que la fatalidad ha llevado á aquella fortaleza.

—Que se nos entreguen,—agrega el sargento Marqué,—os respondemos de ellos.

Aquellos valientes son ayudados por Hullin, Elie, Cholat y el pueblo, que reconoce la voz de sus gefes improvisados, abandona á los inválidos, que las guardias francesas se apresuran á llevar á las casas de cabildo. En cuanto á los suizos, á escepcion del pobre de que acabamos de hablar, se salvaron todos, gracias á uno de los sitiadores que habia entrado por delante en el patio, el cual les aconsejó que se pusieran sus uniformes al revés, como lo ejecutaron. El pueblo los tomó por presos y pasó adelante. Algo despues fueron igualmente conducidos al palacio municipal.

El hombre que se buscaba de preferencia, el que se queria coger á toda costa, era el gobernador. Cholat fué el primero que descubrió su retiro, que lo reconoció y le echó garra.

—Aquí,—esclama,—aquí tengo al traidor, al infame gobernador.

La gente acude rugiendo: un bosque de bayonetas se inclina para herir á de Launey.

—Os equivocais,—dijo el marques con voz alterada,—yo no soy el gobernador.

—Os conozco perfectamente,—replica Cholat;—sois el marques de Launey, y me perteneceis.

No esperando ya el gobernador escapar-se, saca un puñal de la bolsa con el que intenta matarse: Cholat se lo quita.

—No es ahora cuando debeis morir,—le dice,—debeis ser solemnemente juzgado y la mano de verdugo es la que ha de vengar á nuestros hermanos cuya sangre habeis hecho derramar. Vamos á llevaros á las casas consistoriales.

Ya Hullin, Elie y otros varios habian acudido y ayudaban á Cholat á impedir que se asesinara al gobernador. A pesar de los esfuerzos de esos valientes, de Launey recibe una estocada que le atraviesa el vestido sin tocarle el cuerpo. Un hombre del pueblo lo coge del pelo y lo hiere en el rostro.

—Señores,—dice el gobernador á los que lo rodean,—me habeis prometido llevarme á las casas consistoriales: reclamo el cumplimiento de vuestra palabra.

—Bien veis,—responde Hullin,—que procuramos formar una escolta, en el centro de la cual podais ir con seguridad.

Efectivamente, de acuerdo con Elie, á quien su uniforme y sus divisas de capitán hacian respetar mas fácilmente, se esforzaban Hullin y Cholat en reunir en torno suyo á todos los combatientes con quienes podian contar.

Miéntas esto pasaba, otros asaltantes habian aprehendido al mayor Delosme, á su segundo Miray, á los tenientes Person y Caron, y á los inválidos Domons y Asselin, á quienes se tenia por artilleros, aunque no lo eran en realidad. Estos prisioneros y su escolta formaron una comitiva que se puso en marcha por entre un gentío inmenso y ecsasperado, en que se encontraban gran número de hijos que acababan de ver caer á sus padres bajo la metralla; de mugeres que pedian venganza por sus maridos matados bajo los muros de la fortaleza; de padres y madres que habian reconocido á sus hijos entre los cadáveres amontonados. Por donde quiera se oían gritos de muerte, de furor y de venganza.

Entre tanto Elie, Hullin, Cholat, Legris, Arnet, L'Épine, combatientes todos que se habian visto sin cesar en la primera fila, iban á la cabeza del cortejo que rodeaba al marques de Launey, en direccion á las casas de cabildo. Llegaron con infinito trabajo hasta la plaza de Grève; pero ya habian sido asesinados en el tránsito Miray, segundo del mayor, y el teniente Person: el primero en la calle de Tournelles y el segundo en el puerto del Trigo. Tambien el teniente Caron habia caído cubierto de heridas y de sangre: se le creyó muerto y se le abandonó. Despues, apaciguada ya la cólera del pueblo, se advirtió que no estaba mas que herido y se le llevó al Hotel-Dieu, de donde salió completamente curado.

Como ya hemos dicho, el gobernador iba á la cabeza de la comitiva, rodeado de hombres intrépidos que se esforzaban en impedir que el pueblo manchara su victoria con asesinatos. Detras de ellos marchaba el mayor Delosme, igualmente bien rodeado. Pero á medida que se avanzaba, la muchedumbre era mas tumultuosa y difícil de apartar. A la entrada de la plaza de Grève, hace Hullin un vigoroso esfuerzo para alejar el oleaje de gentes armadas que lo oprimen y tratan de alcanzar al gobernador. Tropezaba en un monton de piedras que no ha